

La Regla de Oro

“Así que, todas las cosas que queréis que los hombres hagan con vosotros, así también haced vosotros con ellos; porque esto es la ley y los profetas” Es apropiado que pongamos alguna atención especial a Mateo 7:12, por ninguna otra razón que porque es uno de los mejores versículos en la Biblia, y, tristemente, muy poco practicado por los que lo conocen.

La “regla de oro” ha venido a ser identificada como una forma única con las palabras de Jesús, pero el Señor aquí la describe como estando en el mismo corazón de “la Ley y los Profetas” (observe Romanos 13:9-10). Tan memorable como es, este pasaje no forja ningún nuevo fundamento ético, sino simplemente es una reafirmación de Levítico 19:18: “No te vengarás, ni guardarás rencor a los hijos de tu pueblo, sino amarás a tu prójimo como a ti mismo”. Pero si el mandamiento de hacer con los demás lo que quisiera que ellos hagan con usted no es único con Jesús, hay ciertamente una intensidad especial que Él coloca sobre la expresión a través del ejemplo convincente de su propio amor: “Un mandamiento nuevo os doy: Que os améis unos a otros; como yo os he amado” (Juan 13:34).

Quizás la primera cosa que necesita ser observada sobre la “regla de oro” es que esta nos obliga a tratar con los demás al comenzar con nosotros mismos. No debemos determinar nuestro trato hacia los demás al mirarles y preguntarnos lo que ellos merecen, sino al comenzar con nosotros mismos y preguntarnos lo que ellos quieren y necesitan *de nosotros*. Los hijos de Dios deben inspirarse en un interés innato de interés propio, para tratar a los demás gentil y redentivamente. ¿Cómo, debiéramos preguntarnos, quisiéramos ser tratados, si estuviéramos en las mismas circunstancias en las que ahora se encuentran nuestro prójimo? Cuán bien esta simple regla de conducta corta nuestras inclinaciones a auto justificarnos! Repentinamente, para el corazón humilde, el camino se vuelve notablemente más claro.

Pero si esto es así, ¿Por qué es que más personas no practican este principio que tan obviamente revolucionaría todo el mundo? Básicamente, porque muchas personas son egoístas y están centradas en sí mismas! Todo esfuerzo por alterar a los hombres al educarlos en la “regla de oro” falla porque los recipientes de este esfuerzo restringido continúan siendo esencialmente egoístas. Únicamente cuando esa antigua forma de egoísmo se rompe, los hombres quedan libres para tratar a sus semejantes en la forma que ellos mismos desean ser tratados.

¿Cómo entonces los hombres son libertados de sus egoísmos básicos y libres para ver a los demás como se ven a sí mismos? Al ver primeramente a Dios. Nuestra fascinación con el ego puede únicamente finalizar cuando nos convertimos fascinados con Dios. ¿No es este el más grande mandamiento de todos: “Amarás al Señor tu Dios con todo tu

corazón, y con toda tu alma, y con toda tu mente” (Mat.22:36-39)?. Cuando un absoluto amor por Dios ha lanzado de nosotros un amor absoluto por nosotros mismos, estaremos en libertad para amar a los demás, como nos amamos a nosotros mismos. Mientras esto no ocurra, la clase de amor arrogante por sí mismo, que impulsa a la mayoría de los hombres evitará el ser capaces de ver los intereses de los demás en la misma forma que vemos los nuestros. Lo que esto nos dice, es que únicamente Dios puede liberarnos de nosotros mismos y capacitarnos para amar a los demás en forma no egoísta. “Nosotros le amamos a él, porque él nos amó primero” (1 Jn.4:19). Esta es la precisa razón por la que ningún hombre quien no ha mirado el rostro del santo y amante Dios y doblado sus rodillas en humilde gratitud puede practicar jamás la regla que es de oro.

Este mismo hecho muy probablemente explica porque Jesús levanta nuevamente el asunto de amar al prójimo en el contexto de Mateo 7. Esto puede ayudarnos a entender la expresión “Así que” de nuestro texto. Martyn Lloyd-Jones cree que Mateo 7:12 es un retorno al tema de juzgar a otros, y esto puede ciertamente ser así, pero es difícil tratar a Mateo 7:6-11 como simplemente un paréntesis. Parece más probable que el Señor está fundamentando Sus instrucciones sobre el trato hacia el prójimo basado sobre el trato generoso de Dios hacia Sus hijos (Mat.7:9-11). La misericordia y generosidad de nuestro Padre hacia nosotros no ha sido lo que merecíamos, sino lo que desesperadamente necesitábamos. Seguramente, entonces, aquellos que han recibido semejante gracia son llamados a tratar a los demás, no sobre la base de lo que merecen, sino sobre lo que ellos necesitan. De igual manera, Jesús cierra el corazón de Su sermón como él lo había empezado — con una apelación para una verdadera justicia que se revela así misma en un amor desinteresado en los hombres, un amor que se apoya sólidamente el amor misericordioso de Dios por nosotros.